

La lluvia en Corinto

Gerardo de la Torre

Una prueba de amor

La lluvia en Corinto

El señor Kermit

Tres relatos que son uno

El aparato

En la cantina

El ejecutor

Noticias del estrangulador

El jarrito

Reivindicación del plátano

Campolejano

El Guerrero

Una mancha roja en la falda del Popocatepetl

Informe

Dios nunca muere

Farolito

El hombre que conoció a Zapata

Una prueba de amor

—Claro que me gustas, siempre me has gustado. Y ahora me atrevo a confesarlo: creo que te quiero —dijo ella con voz apenas susurrada.

Rulo paseaba furioso por la sala, tratando de discernir por qué absurdas razones había aceptado Mayola venir a su casa a tomar un anís, oír algo de música y ya se sabe. Todo el tiempo, Mayola —que permanecía en el sillón con las manos cruzadas sobre la falda y la cabeza inclinada, tímida, infeliz— había respondido con evasivas a las insinuaciones de Rulo. Y sin embargo salía con esa confesión.

—Te estoy diciendo la verdad —dijo Mayola vehemente, aunque en voz baja, apocada—. Pero los principios son a veces más fuertes que cualquier deseo.

—Pues me parecen unos principios absolutamente ridículos, idiotas —dijo Rulo.

Habían llegado de una comida con los compañeros de trabajo, investigadores universitarios, adultos serios y formales. Mayola, siempre retraída, daba la impresión de ser una mujer infeliz. Se acercaba a los cuarenta años, quince de ellos casada con un pequeño funcionario de la banca, sin hijos. Definitivamente desdichada. Con todo, al cabo de un par de copas Mayola se mostró inesperadamente alegre. Conversaba con los compañeros, se dirigía con frecuencia a Rulo, le sonreía y alguna vez retuvo su mano más tiempo del necesario cuando él le encendió el cigarro.

—¿Quieres que te pida un taxi, Mayola?

Mayola, en el sillón, negó con breves y apenas perceptibles movimientos de la cabeza.

Había dejado de escucharse la música y Rulo cambió la cinta de José José por una de Brahms; después de todo Brahms era también un romántico. Fue a sentarse al lado de Mayola. Ella seguía en actitud de niña castigada.

—Está bien, Mayola. Podemos ser buenos amigos, no tienes por qué preocuparte.

Mayola mostró el rostro acongojado.

—Es que yo tenía ganas de que algo pasara, Rulo. Te juro que tenía ganas. Pero mis principios.

—Llamemos las cosas por su nombre —dijo Rulo, sereno y con severidad—. Prejuicios, Mayola, se trata de prejuicios.

Mayola, con la mirada explorando la alfombra, asintió.

—Créeme, tenía muchas ganas.

—No te creo.

Rulo se levantó y, siguiendo los suaves latidos de la música, se puso a pasear por la sala. Parecía disfrutar de Brahms.

—Podrías darme una prueba de amor —dijo tras unos minutos de silencio.

Mayola mostró unos ojos asustados.

—No tengas miedo, tus principios van a quedar a salvo. Es algo muy sencillo.

Mayola se puso de pie, dispuesta a retirarse; así su bolso con imprevista firmeza.

Rulo volvió a instalarse en sillón, sonriente, tranquilo, con una resuelta actitud de inocencia.

—Muy sencillo. Enséñame las tetas.

Mayola, sin dejar el bolso, acercó las manos a sus amplios pechos y allí las retuvo, más bien desconcertada que con intención de protegerlos.

—Tienes que desabrochar los botones y quitar el sostén. No va a pasarte nada. Lo prometo.

Rulo mantenía una sonrisa limpia y fresca que denotaba una irrefutable rectitud.

Mayola soltó el bolso. Con dedos torpes, temblorosos, comenzó a desabrochar la blusa. Cerró los ojos y dejó que la blusa se abriera.

—El sostén, Mayola.

Mayola se llevó las manos a la espalda y con movimientos expertos destrabó el sostén: los pechos blancos, firmes, mostraban un leve erizamiento de la piel. Tenía ella los labios húmedos, entreabiertos. Cerró los ojos.

Rulo se levantó.

—Gracias, Mayola —dijo—. Te creo.

Y con elegantes pasos de bailarín, fue a servirse una copa.

La lluvia en Corinto

Llegamos a Managua bajo un aguacero. Todavía no abandonábamos el aeropuerto cuando Élide comenzó a desaprobar. Y así fue todo el tiempo: lamentos, censura, desazón. Se quejó del clima durante los viajes, siempre bajo la lluvia, a Masaya, Granada, León, Corinto; halló motivos de querrela cuando comimos en un restaurante popular y tuvimos que hacer cola sosteniendo charolas; lo hizo aquellas noches en que fingía bostezos mientras yo conversaba con el comandante Omar Cabezas y consumíamos botellas de ron.

Habíamos viajado a Nicaragua para recoger testimonios de la revolución reciente y armar algunos programas televisivos que serían difundidos en el mundo entero. Los programas no se hicieron y nunca supe por qué. Quizá porque en esos días se dio la defección del comandante Edén Pastora, tal vez porque no se reunieron fondos suficientes. No lo sé. Pero esos siete días de lluvia y relámpagos en Nicaragua modificaron los términos de mi vida.

Desde que en 1972 fue arrasada por un terremoto, Managua es una ciudad sin calles céntricas. De aquel tiempo a esta parte en la periferia coexisten barrios pobres y colonias elegantes. Élide y yo nos alojamos con Margarita y Miguel, una pareja mexicana de cineastas, en una casa expropiada a los somocistas. Amplia y de un solo piso la construcción, de muros sólidos, tenía un humilde techo de asbesto acanalado. En esos años, fuimos informados, así se edificaba por temor a los sismos.

Teníamos la encomienda de entrevistar a combatientes y eso nos obligaba a caminar muchísimo. De pronto caía un chubasco y diez minutos después el sol resplandecía, evaporaba el agua de los charcos. Otro chubasco y de nuevo el sol. Uno se acostumbra a mojarse y luego deja que el sol seque la ropa. Pero Élide no quería acostumbrarse a nada.

Por las noches, con el cielo iluminado por relámpagos y la lluvia picando fuerte sobre el asbesto, conversábamos frente a una botella de ron Flor de Caña. Margarita, algunos

amigos nicaragüenses y ocasionalmente el comandante Omar, que relataba episodios de la novela que escribía —recuento de la lucha guerrillera que los llevó al poder—, más tarde publicada por una editorial mexicana.

La primera noche, a punto de irnos Élide y yo a la cama, Margarita (Miguel había volado esa mañana a Libia con el comandante Borge, que iba a entrevistarse con Kaddafi) me preguntó si sabía usar armas de fuego. Afirmé.

—La casa está marcada. Hay muchos contras sueltos y se sabe que somos gente revolucionaria.

Muy seria, me entregó una escuadra de calibre grueso que en el dormitorio eché al cajón del buró.

La habitación que nos destinaron goteaba por todas partes. Nos costó trabajo dar con el sitio donde una fila de goteras sólo mojaba el centro de la cama partiéndola en dos. Élide expresó su disgusto con palabras fuertes y al cabo se durmió envuelta en una gabardina, sin quitarse la ropa que había llevado puesta todo el día.

Reposamos separados por la lluvia, pero algo mucho más poderoso que los aguaceros nos distanciaba desde hacía tiempo. Quizá la juvenil belleza que Élide creía dilapidar a mi lado o el reciente diploma de comunicóloga que le abría riquísimas posibilidades. Algo que es todavía confuso, indefinido, pero acabó quebrando la relación.

Me resultó difícil conciliar el sueño en una habitación extraña, al lado de una mujer cada vez más lejana, bajo el acoso de las goteras y con la lluvia golpeando todo el tiempo las láminas. Con todo, la fatiga, logró vencerme.

En alguna hora de la madrugada me despertaron pasos en el techo. Nítidos y regulares golpes, bien diferenciados del choque de la lluvia. A tientas hallé la escuadra en el buró y a ciegas traté de descifrar su mecanismo. Había que quitar el seguro y cortar cartucho, pero el seguro no se hallaba donde las experiencias con una Star y una Beretta señalaban que debía encontrarse.

Me resistía a encender la lámpara de mesa y a lo más que me atreví fue a revisar el arma a la luz escasa de unos cuantos fósforos. En el techo arreciaban los pasos y no lograba descubrir la forma de botar el seguro, pero pude enterarme de que la escuadra era coreana y nada mejor se me ocurrió que maldecir a Kimilsung y sus astutos fabricantes de armas.

Entonces caí en cuenta de que Élide estaba despierta, vuelta hacia mí. A través de la frágil y a la vez impenetrable cortina creada por las goteras me preguntó qué demonios hacía.

—No tengo sueño. Me gustaría desarmar este juguete— dije para no provocarle intranquilidades.

—Te vas a pegar un tiro —comentó dura y sin congoja.

Apagué de un soplido el cerillo y eliminé así su gesto iracundo.

Hasta el amanecer —y arriba no cesaban ni la estridencia de la lluvia ni el clamor de los pasos—, permanecí sentado en la cama con el inútil artefacto entre las manos. En el más grave momento de temor e impotencia recordé cierto diálogo de María Félix en una película antiquísima: «Tírenles mentadas de madre, que también duelen».

Al amanecer, apenas abrió los ojos Élide me dijo que no había dormido nada. Cómo, conmigo empuñando una pistola y el agua amenazándole las vértebras. Le sugerí que se quedara en cama, podíamos permitirnos un receso.

—¿En este charco? —dijo golpeando el colchón empapado.

Durante el desayuno cierto infame pudor me impidió confesar a Margarita mis problemas con la escuadra coreana. En cambio, mencioné los ruidos en el techo.

Sonrió.

—Son las iguanas —dijo—. Ya te irás acostumbrando.

Esa mañana viajamos a Granada, hacia el sur, en una combi, siempre bajo la lluvia. Visitamos la casa donde nació Sandino en Niquinohomo, estuvimos en Masaya la doliente. Nuestro chofer y guía, Casiano, un soldado viejo y flaco que no había disparado un tiro en la guerra contra Somoza, sabía muy bien qué batallas aquí, qué escaramuza allá, cada percance, catástrofe, accidente.

En Masaya, a las puertas de un templo, vimos un carro funerario tirado por caballos, el féretro sobre una plataforma asida a dos hermosos animales blancos empenachados y con jaeces negros.

—Es uno de esos entierros a la antigua. Ya casi no se ven —explicó Casiano.

Le pedí que esperáramos y bajé del vehículo. Élide se puso a fumar, árida y silenciosa.